

Finalmente, los surcos en la piel resignan melancolías cada vez con más recursos, porque es de la forma inevitable que debe hacerse. En la desconfianza crece la simiente del ardor, llevando la llave que abre la reprobación y suelta la mano que nos tiene por atacados y neuróticos para consumarnos febriles retenidos por todas las obligaciones.

...Y matando a cada paso, Dios nos daba algún que otro castigo tonto, para compensar esa culpa de habernos creado tan parecidos.

Querer huir es tal declive que permanecemos expectantes, en el hueso de la reclusión hasta morir, impacientes de una vez...

Equivocaciones, remordimientos y de nuevo detenerse en las revelaciones que nunca nadie dirá a nadie.

\*\*\*